

LA OPINIÓN

Carlos Casas Villén
SOS Montes Universales



Desastre y desolación en la Sierra de Albarracín

Define el diccionario de la RAE el término desastre como suceso lamentable, resultado muy malo. Desolación, como sentimiento de gran dolor y tristeza.

Difícil encontrar, entre sus sinónimos, palabras más precisas para describir tanto las actuales actuaciones forestales -por la agresividad con que se está extrayendo la madera en ingentes cantidades- como los sentimientos que embargan a sus gentes.

El pasado sábado, día 7, como ya informé de ello *Diario de Teruel*, cientos de personas de la Sierra se manifestaban ante el Ayuntamiento de Albarracín -máximo responsable de estas talas desmesuradas y agresivas- para expresar su indignación y repulsa. Enfrente, en el balcón, su alcalde, en una actitud desafiante, no cesaba de grabar con su móvil a los allí congregados, de forma claramente intimidatoria.

Como hijo natural de Orihuela del Tremedal, e hijo de maderista, gestor durante décadas de una fábrica de maderas de la misma localidad, mi vida ha estado marcada significativamente, como es natural, por esta circuns-



tancia. Cientos de horas en contacto y relación, a pie de monte, con taladores, peladores, arrastradores, transportistas, forestales... Todos, invariablemente, hijos y vecinos de los pueblos de la Sierra. Cuánto sacrificio y sufrimiento, dada la dura climatología de la montaña, y a la vez cuánto respeto y amor de todos ellos por su tierra y su entorno natural. E ingenieros, porque los ingenieros de entonces pisaban el monte y compartían conocimientos y experiencia con los maderistas adjudicatarios, a fin

de dañarlo lo menos posible. ¿Son realmente conscientes los actuales técnicos forestales de lo que se está haciendo y cómo se está haciendo?

Cuando más necesitado está el monte de cuidado -jamás ha estado tan sucio, lleno de ramaje- lejos de poner la atención en su limpieza, se lanzan a unas talas masivas añadiendo más despojos e incrementando así el peligro en caso de incendio.

Andaban muy enfadados, este verano, los alcaldes de la Sierra de Albarracín con el paisano Fe-

derico Jiménez Losantos -si probarlo o llevarlo ante los Tribunales- por haberlos declarado "fáciles de comprar" ante el dinero tentador de ciertos macronegocios. Nadie podrá deducir de estas líneas que se esté defendiendo tal aberración. Pero existen otras formas más sutiles de "venderse"; por ejemplo, a los intereses generales de cualquier partido político -en detrimento de los particulares de un pueblo o municipio- en una suerte de *do ut des*, tan característico y sustancial a nuestra clase políti-

ca. Podrá alegarse que es legítimo y lícito, pero no parece ético.

No se puede pedir a quien no teniendo raíces en esta tierra, siendo natural de tierras lejanas y ajenas, extranjeras incluso, entienda las necesidades y empatice con los sentimientos heridos de sus gentes. Pero qué triste que siendo uno, uno más entre ellas, entregarse al servicio de unas siglas políticas, antes que al servicio de su pueblo.

¿Máximos responsables? El Ayuntamiento de Albarracín en connivencia con la Comunidad de Albarracín, ambos con gobiernos socialistas. Apoyados por Gestión Forestal, y amparados por el Gobierno de la DGA, obviamente del mismo signo político.

¿Motivos? El ansia recaudatoria del Señor Feudal/Ayto. de Albarracín, que en virtud de unas leyes todavía vigentes desde la Edad Media, verá incrementadas sus arcas con la mitad de las ganancias provenientes de esa madera. La otra mitad a repartir entre los 23 pueblos de la Comunidad, donde volverá a tomar parte de nuevo Albarracín como uno más.

¡Peligro! Actuaciones forestales, informa el letrado en la fotografía que ilustra este escrito. ¡Qué tremenda ironía! No, no es necesario advertir sobre su peligrosidad. Es más que evidente.

Si existe justicia, en honor y por respeto a la misma, detengan esta locura.

LA OPINIÓN

Manuel Campo Vidal
Periodista



La ola antidemocrática mundial se acelera

Hay momentos cruciales en la historia en que los acontecimientos pegan un brusco acelerón. Vivimos uno de ellos, aunque quizás no lo percibamos en toda su profundidad. Atentos, muy atentos, porque esos acelerones pueden terminar en trompicones, sino en accidente.

Hace dos años las turbas ultraderechistas asaltaron el Capitolio azuzadas por un expresidente, Donald Trump, que no aceptaba su derrota electoral. En su aniversario, las huestes ultras de Bolsonaro superaron el desatino: asaltaron en Brasilia el Parlamento, la Presidencia y el Tribunal Supremo. Los tres poderes. Y algo más, porque llevaban dos meses acampados ante el Cuartel General del Ejército reclamando un golpe de estado. Los instigadores y financiadores de una operación tan compleja y costosa -busquen entre deforestadores de la Amazonia, empresarios ultra conservadores, ne-

gacionistas del cambio climático, algunas iglesias, etc- acabarán ante la Justicia. El presidente Lula Da Silva promete mano dura, especialmente contra los gobernadores y jefes de policía que toleraron esas protestas. Pero el golpe, en realidad, lo paró una nota de la Casa Blanca apoyando con claridad al presidente electo. Los poderes fácticos dispuestos a acabar con la democracia brasileña frenaron en seco. Con Trump de inquilino, hubieran tenido cobertura para la fechoría.

Hace menos de un año, el presidente Vladimir Putin decidió invadir Ucrania para cambiar el mapa y se lo cambiaron a él. Países hasta entonces neutrales como Suecia y Finlandia ingresaron aceleradamente en la OTAN. Alemania se ha rearmado militar y energéticamente al comprender su error estratégico de depender del gas ruso y confiar en las promesas de paz. Todos los países invierten ahora más en defensa y miran al espacio como territorio de competición y confrontación, lo que no



sucedía. La guerra ha desnudado las debilidades del temido ejército ruso: tecnologías superadas, material abundante pero caducado, instrucción táctica deficiente y capacidad estratégica anquilosada, según mandos militares occidentales. No basta con la amenaza (real) del arsenal nuclear y con la crueldad de su infantería acreditada en la represión de civiles. Putin confiaba en el "general invierno" que helaría media Europa y obligaría a la claudicación, pero el cambio climático ha suavizado los rigores; lo cual es mala noticia en otro orden.

Con esos sátrapas declarados -Trump, Bolsonaro y Putin- más los que comparten ideología y métodos solo que no se atreven aún a expresarlo, "vivimos una ola antidemocrática que amenaza la convivencia entre humanos", ha escrito el profesor Manuel Castells en *La Vanguardia*. Detectar partidarios de esa peligrosa corriente y advertir de su presencia en la política y en la sociedad es imprescindible para prevenir la extensión del virus.

Miren a su alrededor, vivan donde vivan, y descubrirán políticos perdedores que descalifican a los gobiernos surgidos de las urnas, y a los pactos imprescindibles si no hay mayorías, calificándolos de "ilegítimos". No es solo una pataleta. Es la conexión explícita con esa ola antidemocrática que nos amenaza. Después continúa eso en la limitación de derechos sociales y laborales ya conseguidos y en la degradación de las condiciones de vida en la sanidad, la educación y el clima de libertades.

El mundo en general está cada vez más polarizado; y dentro de cada país todavía con mayor nitidez. Se atrincheran a ambos lados políticos, comunicadores, jueces y algunos poderes económicos. Romper los bloques es imprescindible. Todo sucede a gran velocidad. En competencia con los mejores guionistas de series que anegan las plataformas televisivas, los telediarios (salvo los meramente propagandísticos) son una crónica diaria de esa aceleración. Calma y reflexión.